

za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa; el santo varón les da las gracias, y la cuelga de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (BOLAN., tom. II, pág. 202.)

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, sería acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusión. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro común y en un mismo momento: no había unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevación de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fe figuraban simultáneamente. Los galos y las galas, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amor*, se vestían de pieles durante el estío, y se arribaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. Muchos de ellos quedaron enteramente arrecidos de frío al lado de sus amigas, contándose y oyendo contar á ellas historietas de sus amores. (1) En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí despues de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitucion general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos excesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de cuarenta sueldos. Los Franciscanos habían renunciado á toda propiedad: ¿era propiedad el pan que diariamente comían? Si lo es, decían los frailes de otra orden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestion dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fue conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un extremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podía ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *gírovagos* ó errantes iban á pié ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevían á reprender, ó ahogados por mandado de algun príncipe, contra cuya tiranía habían hecho tronar su poderosa voz. Había nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Había tribunales de amor en donde se discutían asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales había canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando

(1) LATOUR, hist. del Poitou; SANTA-PALAYA. Mem. sobre la antig. cab. part. V, pág. 587 en las notas.

fiestas patronales en que los santos del paraíso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos; misas sacrilegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pabo real ó de un alcon de llevar á cabo algun hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mutuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevaricador sustituyendo el homicida rico sentenciado con algun preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo había de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusión, para último contraste se le debe añadir la antigua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que continuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religión y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban estos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenían siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalem libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginación de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de bafa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que manchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al ingenio, bien por la soledad con que los claustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien prefería estudiar en el gran libro de la sociedad. No había un solo punto en el reino donde incessantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, grabitaba en su órbita y tenía sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variación de costumbres. Este orden de cosas, extremadamente dañoso á la civilización general, imprimía extraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha te-

nido tanta expansión la vida del individuo: el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino; el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para extender su comercio. En ningún ramo había que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se había aun gastado y en todo había fe, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte

espera la salida del día, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre el porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasión y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habían llevado en su fecundo seno.

## HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de anti-pático ni violento se había revelado en las contiendas que habían ocurrido entre la Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares: faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habían conseguido expulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés: el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños: sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nación no es mercancia de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de partición de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervecero, no faltó nada mas que la firma de Duguesclin.

El mal que hace un injusto enemigo, redundando en provecho de la nación oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia: los primeros síntomas de emancipación nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan; las *Grandes compañías* y la *Jaquería* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de su independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento ha conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano sería pretender abrumarlas con cadenas, pues por último gastarían los hieiros de su prisión y estallarían tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad común iba tomando in-

cremento, crecía también el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica, y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelacion como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formación de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente casi podría decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilización, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crécy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

### SUMARIO.

La viuda de Carlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres da la corona á Felipe de Valois.—Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administración de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se había casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dácese á Felipe la Champagne y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagración del rey.—Dácese á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos: su historia.—Victoria de Cassel.—Intímasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxembourg, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tía la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brabante.—Refusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpetuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretextos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.

## FRAGMENTOS.

## VOTO DE LA GARZA REAL.

Tiempo hacía que Eduardo alimentaba en secreto el deseo de atacar á la Francia; pero la magnitud de la empresa por una parte y los desórdenes interiores de su país por otra enfrenaban aquel propósito. Tal vez nunca se habría decidido á empuñar las armas sino le hubieran incitado las solicitudes de Roberto de Artois, que haciendo ya dos años que se hallaba emigrado en Inglaterra, no cesaba de inflamar el corazón del ambicioso Eduardo con toda la animosidad de que el suyo se hallaba poseído. El desterrado se valió finalmente para persuadir á Eduardo de un medio extraordinario.

Tan íntimamente enlazados se presentan la novela y la historia en este período de la historia de Francia que cuesta sumo trabajo el deslindarlos. Presentáronse algunos nobles jóvenes ingleses en la corte del conde de Hainaut con un ojo vendado diciendo haber hecho voto entre algunas damas de su país de no volver á mirar con aquel ojo hasta que les fuese dado llevar á cabo personalmente algunas proezas en Francia. El señor Gauthier de Mauny había dicho á varios de sus mas íntimos que había prometido en Inglaterra delante de señoras y caballeros, ser el primero que entrara en Francia, se apoderara de algún castillo ó fortaleza y consumiera algunos hechos de armas. Con frecuencia ocurría que los barones y caballeros juraban por un santo ó por una dama al pie del muro de una fortaleza enemiga, apoderarse de ella en un número determinado de días, aun cuando aquel juramento debiera ser funesto á ellos ó á su patria. Esos hechos referidos por todas las crónicas en nada se diferencian de lo que se lee en las novelas, y recuerdan los juramentos que hacían los bárbaros del Norte, condenándose á llevar la barba larga ó un anillo de hierro hasta dar muerte á un romano. Las contiendas entre la Inglaterra y la Francia en el siglo xiv, reanimaron el espíritu caballeresco; ambas naciones descendieron entonces al palenque, del cual no han vuelto á salir aun. Como las imaginaciones estaban llenas de cantos de trovadores, y de aventuras y de cruzadas, las costumbres se empaparon en ese colorido y lo reflejaron. Por todas partes se echó de ver con la caballería histórica la imitación de la caballería novelesca, á la cual el género de vida de los castillos, las cacerías, los torneos, las creencias religiosas y las empresas de amor eran extremadamente favorables. Hay en las costumbres de aquella época algo de cierto y de falso, de natural y de artificial que el historiador debe tener cuidado de que no pase desapercibido.

Sainte-Palaye considera, pues, el voto de la garza real como un suceso positivo puesto en verso; cantábanse aun hechos históricos como en la antigua Grecia: todavía se conservan el *Combate de los Treinta* y la primera *historia de Duguesclin* puestos en verso. Al principiar el otoño del año 1338, y cuando (repetiendo los términos del poeta histórico) *el verano va declinando y el ave ha perdido la voz; cuando las viñas se secan, las rosas se agostan, los árboles se desprenden de su follage, y los caminos se cubren de hojas secas, Eduardo se hallaba en su palacio de Londres rodeado de duques, condes, pajes, damas y jóvenes de ambos sexos: estaba con la frente inclinada y ocupado en pensamientos de amores.* Roberto de Artois, refugiado en Inglaterra había ido á caza porque no podía olvidarse del muy hermoso país de Francia, de donde se veía desterrado. Roberto llevaba un alcon que el mismo había adiestrado y tanto y tanto lo hizo volar por las márgenes del río que cogió una garza real. Volvió á Londres, mandó asar la garza; la puso entre dos fuentes de plata y se introdujo en el festín del rey acompañado de dos tocadores

de laud, un maestro de guitarra y de dos doncellas, ambas hijas de marqueses, que iban cantando acompañadas de los instrumentos. Roberto gritó: *Abrid fijas; dejad pasar los valientes que el amor ha sorprendido: he aquí manjar á propósito para los valientes; para los que estan sometidos á enamoradas señoras de rostro tan peregrino...* La garza es el mas cobarde de los animales; se asusta hasta de su misma sombra. Al que sea el mas cobarde de vosotros daré la garza. En mi concepto quien mas la merece es Eduardo, desheredado del noble reino de Francia, á pesar de ser su heredero legítimo; pero le ha faltado corazón y por tal cobardía tendrá que morir privado de su reino. Eduardo se enrojó de cólera y á su despecho sintió que el corazón se le estremecía; juró pues, en nombre del Dios del cielo y por su dulce madre desafiar antes de seis meses al rey de San Dionisio (Felipe).

Roberto lanzó una carcajada y dijo en su interior: *Ya he conseguido mi deseo: mi garza va á ser causa de que se encienda una gran guerra.*

Volvió á coger las dos fuentes de plata y atravesó la sala del banquete seguido de su acompañamiento que iba cantando *«Al bosque me voy que amor me lo manda.»* Roberto presentó la garza al conde de Salisbury que estaba sentado junto á su amiga que era gentil, donosa y de bello aspecto, hija del conde Derby y lealmente amada de Salisbury. Roberto suplicó al conde de Salisbury jurara por la garza; Salisbury contestó: *«¿Me será dado cumplir perfectamente con un voto? Sirvo á la mas hermosa dama que existe bajo el firmamento; pues si la virgen Maria se hallara aquí presente, no sabría yo, dejando á parte su divinidad, distinguirla de la que adoro. He declarado mi amor á esta dama; pero ella se resiste, no quitándome sin embargo una dulce esperanza para el porvenir. Ahora le suplico que se sirva prestarme un dedo de su mano y lo ponga sobre mi ojo derecho.»* Con mucho gusto prestaré aunque sean dos, contestó la señora.—Y le cerró el ojo derecho con dos dedos.—¿Está bien cerrado, hermosa señora? preguntó el caballero con mucha galantería.—Lo está perfectamente, contestó la noble dama.—Pues ahora, exclamó con la boca y el corazón del conde, ahora voto y prometo á Dios omnipotente y á su dulce madre, toda resplandeciente de hermosura, que este ojo no volverá á abrirse ni por trascurso de tiempo, ni por dolores, ni por martirios, hasta que haya pisado el suelo de Francia y peleado contra las fuerzas de Felipe en defensa de Eduardo. Y ahora venga lo que Dios quiera... En virtud de este voto el conde permaneció con el ojo cerrado durante la guerra.

## SUMARIO.

Manifiesta Eduardo que declara la guerra para hacer que se le devuelvan las tierras que en otro tiempo le quitaron en la Guyena.—Felipe envía á esta guerra las fuerzas que estaban destinadas para una cruzada.—Primeras hostilidades de una guerra que había de durar ciento veinte y seis años.—Treguas.—Eduardo impelido por Artavelle se embarca en Douvres y llega á Auvers, donde estaban reunidos los príncipes de su confederación.—Compra á Luis de Baviera el título de vicario del imperio.—Solemne declaración de guerra.—Hechos de Gauthier de Manny.—Invasión de Picardía.—Encuéntranse ambos ejércitos en Vironforse y se separan sin combatir.—El caballero de Lievre.—Artavelle apremia al rey de Inglaterra á que tome el título de monarca de Francia para absolver á los flamencos de la fe prestada.—Segunda campaña en la Guyena y en el Hainaut.—Combate naval de Sluse.—Queda la escuadra francesa destrogada.

## FRAGMENTOS.

PÉRDIDA DE LOS FRANCÉSES EN LA BATALLA NAVAL DE SCLUSE.—GONDEMARO DE FAY.—CAUSAS DE LOS ERRORES COMETIDOS EN ESAS GUERRAS DEL SIGLO XIV.

Calculóse en treinta mil marineros y soldados la

pérdida sufrida por la Francia en la batalla naval de Sluse: solo diez mil genoveses pidieron y conservaron la vida. ¡Cuánta sangre se ha derramado sobre las olas desde aquella batalla, que pareció ser un anuncio del porvenir, dada en la embocadura del Meuse hasta la que se dió cerca de las corrientes del Nilo! El árabe en medio de sus areales y el flamenco desde el borde de sus pantanos, han presenciado los primeros y últimos desastres de la Francia; sus marineros han sido devorados por torbellinos de fuego ó han sido sepultados en el fondo del abismo. No siempre el carácter de los pueblos guarda analogía con el territorio ó con su posición geográfica: la Francia, aunque rodeada de dos mares, nunca ha sabido sostener por largo tiempo su imperio en ellos. Roma, también hija del mar, no debió tampoco sus glorias á Neptuno. No ha tenido la Francia escuadras verdaderamente respetables sino muy raras veces y por pocos momentos, como en tiempo de Carlomagno, Luis XIV y Luis XVI. Vencedores en los combates particulares, donde los marineros franceses se batían como en un lance de honor, sucumben en las acciones generales, donde mas que todo es preciso obediencia y disciplina: ese espíritu de insubordinación y de rivalidad que al parecer es inherente al pabellón francés, estalló desde el primer combate naval entre los almirantes que tenían á su cargo el oponerse al paso de Eduardo. Nunca ó casi nunca han participado los franceses de esos grandes descubrimientos que han cambiado la faz del globo y las relaciones de los pueblos. En sus colonias se han convertido en cadáveres, aventureros y plantadores, pero nunca en marinos. Nunca han comparecido sobre las olas sino como caballeros para conquistar la Inglaterra y la Palestina; dar un rey á Londres ó á Jerusalem, un emperador á Constantinopla, un duque á Atenas, y un príncipe á esa Atenas que la Francia en su último triunfo marítimo debía libertar en Navarino. Si el Mediterráneo es según parece mas favorable á la Francia que el Océano, tal vez consistiría en que ese mar que baña inmortales riberas paga tributo á esa nación en recuerdo de su gloria.

Nadie se había atrevido, por de pronto, dar á Felipe la funesta noticia de la destrucción de su escuadra: solo pudo saberlo por uno de aquellos miserables que en aquel tiempo representaban al pie del trono la libertad bajo el disfraz del esclavo, á quienes era lícito hablar de todo porque eran capaces de sufrir todo, y que podían librarse del desprecio por medio de la insolencia: en una palabra, el loco ó el bufón del rey fue el que se atrevió á darle noticia de la muerte de treinta mil franceses.

Felipe no se arrebató contra la memoria de tan leales vasallos, y dejando resignadamente su vida entre las manos de Dios, no pensó mas que poner su reino en buen estado de defensa.

Calculó que Eduardo atacaría á Tournai. Esta plaza tenía por gobernador á Gondemaro de Fay, escudero de Tournais, ó noble de Borgoña, nombrado por Felipe capitán soberano y regente de Donai, Lila Tournai y sus dependencias. Era este gobernador un oficial bizarro y lleno de experiencia que en aquella ocasión salvó la patria para perderla luego en el paso de Blanche-Taque, sea porque la fidelidad y el honor hubiesen desgraciadamente llegado á su término, sea porque el talento pueda también gastarse, ó sea porque los héroes, cuando no mueren en el día de su mayor gloria, se convierten, por último, en hombres adocenados y semejantes á la multitud. Felipe reforzó la guarnición de Tournai, enviando á esa plaza la flor de la caballería, y reunió personalmente bajo los muros de Arras un brillante ejército que dió lugar á muchas aventuras y combates parciales. Ocurrían en esos encuentros equívocas deplorables entre combatientes, cuyas familias tenían ramificaciones

establecidas en Francia, en la Gran Bretaña y en los Países Bajos: de manera que todos aquellos enemigos eran franceses. Los ingleses del siglo xiv hablaban el mismo idioma, y profesaban la misma religión que la Francia; aun no estaban tan distantes de la época de la conquista para que su origen se les hubiera borrado de la memoria: aun se gloriaban de ser normandos, y de encontrar íntimas relaciones de parentesco sobre el suelo de Francia. Las provincias que la corona de Eduardo (hijo de una francesa) poseía en Guyena y en Picardía acababan de redoblar esos vínculos entre ambos pueblos: la animosidad que contra la Francia han manifestado sus vecinos isleños, no estalló hasta que se desarrollaron aquellas guerras que con toda exactitud pueden ser llamadas guerras civiles.

## SUMARIO.

Cartel de desafío enviado por Eduardo á Felipe de Valois, fechado el año primero de nuestro reinado de Francia.—Felipe lo rehusa por escrito como rey, y lo acepta verbalmente como caballero.—Juana de Valois, hermana del rey, negocia una tregua que dura dos años.—Asunto de Bretaña.—Historia de esta provincia.—El conde de Montfort hace homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo.—La cámara de los Pares adjudica ese ducado á Carlos de Blois.

## FRAGMENTOS.

## GUERRA DE BRETAÑA.—LOS BRETONES.

La ejecución de ese decreto involucró todo el reino en los destinos de una sola de sus provincias, abrió la Francia á los ingleses y les dió un salvador en la persona de Duguesclin.

La Bretaña que hasta entonces había apenas figurado en la historia francesa, constituía en la extremidad occidental de la Francia un Estado diferente del resto del reino por el genio, costumbres é idioma de una parte de sus habitantes. Esta larga casi isla de aspecto salvaje, tiene realmente algo de particular: cruzan por sus estrechos valles ríos no navegables bañando el pie de castillos feudales arruinados, antiguos conventos y chozas cubiertas de paja donde pastores y rebaños viven acinados confusamente. Esos valles están separados entre sí por bosques de acebos tan grandes como encinas, ó por carrascales sembrados de piedras druidicas sobre las cuales revolotean las aves marítimas, y á cuya sombra pacen débiles vacas y pequeñas ovejas. Un viajero puede hacer á pie varias jornadas sin ver nada mas que arnales, campos áridos y las olas del mar convertidas en blanca espuma al chocar con una multitud de escollos: region solitaria, triste, horracosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes donde nunca ha callado el rugido de los vientos y de las olas.

Preciso es que ese país y sus habitantes hayan afectado en todos tiempos la imaginación de los hombres. Los griegos y los romanos supusieron que en él se conservaban los últimos restos del culto de los druidas, la isla de Sayne y sus vírgenes, la barca que pasaba á Albion el alma de los muertos entre las tempestades y los torbellinos de fuego: los francos creyeron encontrar en sus áridas soledades á Murman y á Voldan guardando sus fronteras; y por último, los novelistas de la edad media lo convirtieron en país de las aventuras y en patria de Artus, de Iseult, el de las blancas manos, y de Tristan, el león. Entre los brezos y en los valles de Bretaña encuentra el viajero algunos labradores vestidos de pieles de cabra, con los cabellos sueltos y erizados: tal vez verá bailar al son de la gaita, al pie de una cruz, otros labradores vestidos poco mas ó menos como los antiguos galos, con el sayo, la casaca abigarrada, las anchas bragas (braces), y hablando todavía la lengua céltica.

Los bretones con su imaginación viva, y sin em-

bargo melancólica, tan propensos á la ligereza como obstinados en su carácter, se distinguen por su valor, franqueza, lealtad, espíritu de independencia, afecto á la religión y amor á su país. Altivos y susceptibles, sin ambición, y con pocas tendencias á ser cortesanos, no se afanan por conseguir altos puestos ni honores. Aman la gloria con tal que en nada perjudique á la sencillez de sus costumbres; ni la solicitan sino en tanto que se acomode á vivir con ellos en su propio hogar como un huésped oscuro y complaciente, que participa de los gustos de la familia. Algunos hijos de la Bretaña han brillado en las letras por su instrucción, viveza, originalidad, gracia y finura, como lo acreditan Harduino, Sevigné, Sainte Foix y Duclos. Breton Le-Sage, fue también el más insigne pintor de costumbres después de Molière: en la actualidad se honra con Lamennais; en las ciencias, reclaman por hijo á Descartes; en las armas sus guerreros tienen algo que á primer golpe de vista los distingue de los demás: durante el reinado de Carlos V, Duguesclin y sus compañeros Clisson, Beaumanoir y Tinténac; en tiempo de Carlos VII, Canneguy-Duchastel; durante el reinado de Enrique III, Lanone tan respetado de los de la Liga como de los hugonotes; bajo Luis XIV, Duguay Troum; bajo Luis XVI, Lamotte-Piquet y du-Coëdic; y finalmente, durante la revolución Charete, d'Elbée, La Rochejaquelin y Moreau son guerreros que presentan rasgos de semejanza, y que por un género de ilustración nada común merecieron tal vez ser más apreciados del enemigo que admirados de su patria.

## SUMARIO.

Toma de Rennes por Carlos de Blois.

## FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON.—JUANA, CONDESA DE MONTFORT.—  
AVENTURA DE GAUTHIER DE MAUNY Y DON LUIS DE LA CERDA.

Carlos de Blois creyendo terminar prontamente la guerra después de la rendición de Rennes atacó á Hennebon plaza la más importante de la Bretaña, y adonde Juana, como ya queda dicho, se había retirado. Los sitiadores repetían con viveza los ataques, y la condesa de Montfort, armada de pies á cabeza, andaba á caballo de un puesto á otro dentro de la plaza infundiendo ánimo, rogando, acariciando á los defensores, y mandando á las mujeres desempedrar las calles y subir las piedras á las almenas para tirarlas con pucheros de cal viva sobre el enemigo. Sin embargo, este se resuelve á dar el asalto: Guillermo Cadondal, que después de la toma de Rennes se había refugiado en Hennebon; Ibes de Vreuguidi, el señor de Landremans y el de Guingamp, y los dos hermanos de Guerich, Enrique y Oliverio de Spinefort, sostienen los esfuerzos de los sitiadores. La condesa sube á lo alto de una torre para presenciar el combate y acudir á donde convenga, y ve que el campamento de Carlos está enteramente abandonado, pues todos en general han tomado parte en el asalto. La animosa señora baja precipitadamente de la torre, monta en su corcel, sale al campo por una mina, cuya boca está distante como unas trescientas lanzas, y prende fuego á la tienda de campaña de los enemigos, que al ver alzarse torbellinos de llamas y de humo abandonaron el asalto y corrieron presurosos á apagarlas. La nueva Clorinda después de consumado este brillante hecho trata de regresar á la plaza, y al ver que ya está cerrado el paso lanza su corcel por el camino de Aurai, llevando en la mano la espada y la tea, instrumentos de su victoria. Un caballero español, don Luis de la Cerda, la persigue sin poderla alcanzar. Habiendo por último la condesa podido recogerse en Aurai, reunió quinientos ó seiscientos aventureros después

tos á seguirla: ya la creían perdida en Hennebon, cuando al amanecer del día quinto la vieron otra vez bajo los muros de la ciudad. Llama al frente de su nuevo escuadrón en una de las puertas de la trullera, y entra batiendo marcha y con banderas desplegadas. No fue poca la admiración que causó en los sitiadores tan intrépida decisión.

Carlos de Blois dividió su ejército en dos partes y marchó con el duque de Borbon, y Roberto Bertrand, mariscal de Francia, á poner sitio á Aurai, dejando á don Luis de la Cerda con el vizconde de Rohan delante de Hennebon.

Era este don Luis, un bizarro español, que combatió por la Francia en mar y en tierra, y en aquella ocasión hizo venir doce máquinas de guerra y con ellas principió á batir los muros del castillo. Asustáronse los habitantes y los soldados que guarnecían la plaza, y principieron á pedir capitulación. Hallábase dentro de la ciudad el obispo de Leon, y este tuvo una conferencia con su sobrino Enrique de Leon, que después de haber hecho traición á Montfort servía en el ejército del conde de Blois: de esta conferencia resultó que convinieron en la rendición de la plaza. En vano la condesa de Montfort conjuraba á sus amigos suplicándoles que esperaran, y prometiéndoles que antes de tres días recibirían socorros de Inglaterra, alentándoles con esta esperanza que ella misma estaba muy lejos de tener. Terrible fue la noche que pasó aquella valerosa señora viendo frustrado el premio de su valor y de sus sacrificios, á su marido prisionero, á su hijo errante y fugitivo, y viéndose ella misma entregada á su enemigo, y recibiendo tal vez ignominiosos hierros de manos de aquel á quien había disputado la soberanía de Bretaña. Al día siguiente, el obispo de Leon avisó á su sobrino Enrique que fuera aproximándose hacia las puertas de la ciudad. Ya avanzaba, en efecto, á tomar posesión de ella en nombre de Carlos de Blois, cuando la condesa, cuya vista estaba continuamente fija sobre el mar al través de una ventana del castillo, gritó trasportada de alegría: «¡Eh, aquí el socorro! ¡el socorro!» Al oír este grito repetido por dos veces suben á las almenas, á los torreones, á los campanarios y ven que el mar está cubierto de una multitud de grandes y pequeños barcos que á toda vela van entrando en el puerto. Al ver ese milagroso socorro queda la multitud de espectadores sumida en profundo silencio; pero luego disipada la admiración, resuena por todas partes un grito general de alegría. Quedó anulado el convenio en el momento casi de sancionarse, y solo el obispo de Leon se retiró al campamento de Carlos de Blois, á tiempo que Mauny iba desembarcando su ejército.

La condesa mandó adornar los salones de su palacio y se dispuso á obsequiar cual convenia á sus nuevos huéspedes: *salió á recibirlos en la playa y besó á Gauthier y á sus compañeros unos después de otros, dos ó tres veces como intrépida dama.* Sin embargo, don Luis de la Cerda no dió por concluido el asunto, antes por el contrario, mandó redoblar los ataques, y aquella misma noche batió los muros de la fortaleza con rudos golpes, en tanto que dentro de su recinto no se oían más que los concertados rumores de la fiesta. Al día siguiente Mauny hizo una salida, desbarató las máquinas é incendió parte del campamento francés. Al ver que el ejército enemigo se iba reponiendo para rechazar á los expedicionarios, Mauny exclamó: *«Que nunca llegue yo á ser besado de dama, ni de tierna querida, si vuelvo á entrar en ningún castillo ni fortaleza, sin haber antes derribado á un enemigo de esos que avanzan contra nosotros.»* Embrazando su escudo, dichas estas palabras, se precipitó espada en mano contra los soldados de don Luis de la Cerda, y después de haber hecho morder la tierra á muchos, y haber cumplido su voto como buen caballero, volvió á la plaza.

Desesperando la Cerda de poder hacerse dueño de Hennebon levantó el sitio, se reunió con Carlos de Blois delante de Aurai, y en seguida se apoderó de Dinan y de Guerande. Después de haber saqueado esta última ciudad se embarcó en unos buques mercantes que estaban anclados en aquel puerto, y taló las costas de la Baja-Bretaña. Habiendo desembarcado cerca de Quimperlé avanzó hacia el interior del país. Mauny dividió su ejército en tres columnas y trató de salir al encuentro; pero conociendo don Luis la inferioridad numérica de sus fuerzas se retiró otra vez hacia la costa arrollando por de pronto la primer columna de los ingleses, hasta que viéndose cargado por las otras dos y por una multitud de paisanaje del país, y habiendo recibido una herida tuvo que abandonar el campo con la pérdida de un sobrino á quien amaba entrañablemente, y de la mayor parte de sus soldados. Habiendo llegado casi solo á la playa halló sus naves ocupadas ya por los arqueros de Mauny; mas sin embargo, pudo hacerse al mar juntamente con algunos de sus compañeros en una barquichuela. No desesperó Mauny de poder darle alcance: seguía obstinadamente al través de las olas, pero la barquichuela burló todos los esfuerzos de los perseguidores, hasta que tocando en el puerto de Rhedon pudieron los fugitivos saltar á tierra y emprender de nuevo la fuga en unos malos caballos que les fue dado proporcionarse. A esta circunstancia debieron su salvación, pues apenas habían don Luis y sus compañeros puesto los pies en tierra, cuando el incansable Mauny estaba ya desembarcando, poniéndose en persecución de ellos hasta que tropezó con las murallas de Rennes, en cuya plaza se metió el caballero español llevando en pos de sí la fama de ser uno de los mejores capitanes é intrépidos soldados de su siglo.

Mauny volvió á embarcarse para regresar á Hennebon; pero el viento contrario le obligó á guarecerse cerca de La-Roche-Prion: *«Señores, dijo un día Mauny á sus amigos, aunque es cierto que me hallo cansado, aun iría muy gustoso á sitiá esa fortaleza, si tuviera quien me acompañase.»* Los caballeros contestaron: *«No repare en eso vuestro valor; nosotros os seguiremos hasta la muerte.»* Gerardo de Maulain que defendía la plaza sostuvo el asalto, é hirió gravemente á Juan Bouteiller y á Mateo Dufresnoy que eran de los que más se habían distinguido en Quimperlé.

Gerardo de Maulain tenía un hermano, Renato de Maulain, gobernador de otro pequeño castillo llamado Favet, situado á una legua de aquel punto. Noticioso Renato de lo que pasaba en La-Roche-Prion salió con cuarenta hombres á socorrer á su hermano, y habiéndose encontrado con los caballeros heridos se apoderó de ellos y corrió á encerrarlos en su fortaleza. Mauny tuvo que levantar el sitio para ir á rescatar á sus amigos. Ardiendo en deseos de conseguirlo sitió á Favet y se empeñó en nuevos combates; pero temiendo ser envuelto por los refuerzos que Gerardo enviaba desde La-Roche-Prion á su hermano Renato, no tuvo más remedio que levantar el sitio y ponerse en retirada. De paso ve otra pequeña fortaleza en medio de un bosque, la ataca, la toma por asalto y regresa á Hennebon á reunirse con la condesa de Montfort, que le obsequió, besó y abrazó en premio de su gran valor.

Entre tanto Carlos de Blois, después de haberse apoderado de Aurai, Vannes y Carhaix, sitió nuevamente á su rival en Hennebon. Esta plaza se había ya guarnecido con nuevas fortificaciones, y los habitantes se burlaban ya de las máquinas que tanto miedo les habían dado al principio. A cada piedra que las máquinas lanzaban respondían los sitiados con alegre gritaría, diciendo entre otras cosas: *«Id á buscar vuestros compañeros, los que reposan en los campos de Quimperlé.»*

Semejantes insultos irritaban profundamente á don

Luis de la Cerda que mal curado aun de sus heridas había venido á unirse con Carlos de Blois. El amargo recuerdo de la pérdida de su sobrino acababa de encarnar su natural irascibilidad, por lo cual habiendo hecho firme propósito de vengarse suplicó á Carlos de Blois que por única recompensa de sus servicios le otorgase el don que iba á pedirle. Carlos, cuyo carácter humano y cuya virtud le han hecho considerar como santo después de su muerte, aborrecía la guerra, y aunque naturalmente era intrépido no la hacía sino impulsado por la ambición de su esposa, no pudo por lo tanto imaginarse la recompensa que don Luis iba á pedirle, y empeñó imprudentemente palabra de concedersela.

Entonces el demandante le dijo: *«Ruegoos que hagais venir cuanto antes los dos caballeros que estan prisioneros en vuestro castillo de Favet, estáis es, Juan Bouteiller y Huberto Dufresnoy, entregándomelos para que pueda tratarlos segun se me antoje. Este es el don que os pido. Ellos fueron causa de que yo tuviera que huir derrotado y herido, ellos dieron muerte á mi querido sobrino don Alfonso. Por mi parte prometo no vengarme de otro modo que mandando cortarles la cabeza delante de sus compañeros que estan encerrados en esos muros.»*

Carlos, que al parecer había quedado muy sorprendido de semejante demanda, contestó: *«Ciertamente no puedo ya negaros los prisioneros; pero os advierto que cometereis un acto de gran crueldad y oprobio si quitais de esa manera la vida á esos dos valientes, y ademas dareis motivo de hacer lo mismo á los enemigos cuando alguno de nuestros leales caiga en sus manos; pues nadie puede hoy decir lo que mañana podrá suceder. Por lo cual mi querido señor y primo os ruego que tengais á bien mudar de propósito.»*

Don Luis declaró que de no cumplir Carlos su palabra abandonaría al momento su servicio. La palabra de un caballero era inviolable; no hubo pues más remedio que enviar á buscar los dos prisioneros: hizo-los llevar á su tienda, y volvió á intentar, pero en vano, que don Luis se retrajera de su intención.

Los sitiados tuvieron noticia de cuanto había ocurrido en el campamento francés, y Mauny se vió penetrado de dolor. En el acto reunió un consejo: los caballeros deliberan, proponen ya una cosa, ya otra, y por último no saben qué partido tomar para salvar la vida de los dos prisioneros. Mauny fue el último que usó de la palabra expresándose en estos términos: *«Compañeros, mucho será el honor que adquiriremos salvando la vida de nuestros hermanos de armas. Si sucumbimos al acometer la empresa, el rey Eduardo nos alabará y nos alabaran todos los valientes que oigan hablar de nosotros en lo sucesivo. Cumplamos pues, con nuestro deber, pues muy justo es aventurar la vida por salvar la de tan denodados caballeros.»* En seguida manifestó su plan y todos juraron empeñarse en llevarlo á cabo.

Determinóse que parte de la guarnición mandada por Amaury de Elisson atacase de frente el campamento de los franceses, en tanto que Mauny con una columna de hombres escogidos caeria por retaguardia sobre las tiendas del duque de Bretaña, y rescataría los dos prisioneros. Llega el momento de la ejecución. Abrese la puerta principal de la ciudad, y con gran algazara y estrépito de instrumentos militares se lanza Elisson contra los sitiadores: estos reúnen todas sus fuerzas y aceptan el combate. En tanto Mauny sale al campo por una puerta secreta, flanquea el sitio del combate y se precipita sobre los pabellones de Carlos de Blois, poniendo en precipitada fuga á los pocos escuderos encargados de su custodia. Mauny registra por todas partes, encuentra á los prisioneros: montan estos en vigorosos corceles traídos á propósito, y á toda rienda se meten todos en la plaza